

Con ocasión del almuerzo ofrecido el
16 de diciembre de 1961 por el Ministro de Asuntos
Exteriores español en honor del Secretario de Esta-
do norteamericano, Mr. Dean Rusk, el señor Castiella
pronunció el siguiente discurso:

Señor Secretario de Estado:

Perdonadme si maltrato algo vuestro idioma. En realidad sólo necesitaría pronunciar tres palabras que, pese a mi pretencioso acento tejano, estoy seguro entenderéis: "Muchas gracias, señor". Expresión que en California, Nuevo Méjico y una gran parte de vuestro país, a veces suele traducirse con esta fórmula: "Thank you very much, Sir".

La tradición
americana de
España vehícu-
lo de compren-
sión.

En realidad, no tenemos que protestar demasiado de la mala faena que los responsables del episodio bíblico de la Torre de Babel jugaron a la Humanidad. No es difícil que norteamericanos y españoles lleguemos mutuamente a comprendernos. Hace poco -exactamente, el pasado 24 de Octubre- el Presidente Kennedy, en ocasión de una audiencia que concedió, en la Casa Blanca, a un nutrido grupo de bibliotecarios procedentes de distintos países del Nuevo Continente, aludió -con palabras tan generosas como elocuentes- a la considerable influencia española en la exploración y subsiguiente desarrollo de una gran parte de vuestro país: "Desgraciadamente -exclamó- muchos de nuestros conciudadanos piensan que América fué descubierta en 1620 cuando los Pilgrim Fathers vinieron a mi Estado de Massachusetts, y olvidan la grandiosa aventura del Siglo XVI y comienzos del Siglo XVII en la parte Sur y Suroeste de los Estados Unidos".

Vuestro Presidente, con ese don suyo de saber decir las cosas en términos inspirados, añadió que los

más extraordinarios "récorde" de valor, temple y perseverancia fueron alcanzados gracias a la presencia española en otras naciones americanas. "Yo espero -concluyó- que todo esto podamos presentarlo ahora a la luz del día".

Lo que más me conmueve de esta declaración es que no fué hecha directamente a nosotros sino a los representantes de otros pueblos hermanos que han heredado nuestra cultura, nuestra sangre y nuestra lengua.

Todo ésto me incita a evocar una anécdota que tuvo lugar durante la pasada guerra mundial. Con ocasión del desembarco de las tropas aliadas en Africa del Norte, varios aviones norteamericanos se vieron obligados a tomar tierra en la antigua Zona española del Protectorado de Marruecos. Uno de los aparatos lo hizo en las cercanías de Alhucemas. Su comandante fué llevado a la presencia de uno de nuestros Interventores quien, por señas, puesto que no hablaba una palabra de inglés, trató de informarse, con la ayuda de un mapa, de qué es lo que estaba haciendo el citado piloto en aquella región.

Como todos los detalles de la operación aliada en el Norte de Africa eran considerados como "top secret", el oficial americano se negó, naturalmente, a hacer cualquier declaración. Y, tercamente, permaneció silencioso. El Jefe español no quiso insistir demasiado y, cortésmente, invitó al huesped que le había llovido del Cielo, a que se trasladase con él a Tetuán, es decir, a la capital de nuestro antiguo Protectorado. Los dos militares tomaron asiento en un coche y emprendieron la marcha. El norteamericano continuaba guardando silencio. Pero, de re-

mente, cuando ya llevaban recorrida una gran parte del trayecto, rompió su mutismo señalando con una gran sonrisa la marca del automóvil: Ha-Ha! Dodge? American car!". Mi compatriota asintió en seguida y, a su vez, señalando algo que veía en la solapa del uniforme del oficial americano y que indicaba el origen de su División, replicó con otra gran sonrisa: "¡Ja! ¡ja! ¿San Antonio? ¡Español, español!". Ambos habían comenzado en aquel momento a entenderse.

No sé por qué he pensado muchas veces que en este corto diálogo de 1942 se encierran ya las profundas razones de la colaboración que años después iba a establecerse entre nuestros pueblos. Dos pueblos que -ahora o en el pasado- han sabido sobrellevar el peso de empresas y responsabilidades a escala mundial.

Mutua lealtad a nuestros Acuerdos.

Una fecha memorable para nuestra colaboración fué la de 1953 en la que se firmaron los Acuerdos. Ahora bien; la firma de unos Convenios no basta. De la misma forma que el infierno está empedrado con buenas intenciones, las relaciones internacionales están saturadas de Pactos y Tratados que muchas veces no se cumplen.

Yo debo decir que los españoles hemos tenido hasta ahora la satisfacción de ver cómo el pueblo americano ha expresado la firme decisión de mantener sus compromisos y respetar el espíritu de los Acuerdos.

Estoy seguro de que en un próximo futuro, cuando tratemos de la posible renovación de dichos Convenios para adaptarlos a las circunstancias del mundo actual, España encontrará por vuestra parte el mismo espíritu de lealtad y de verdadera amistad que a nosotros ha de guiarnos a fin

de obtener resultados positivos que, sin duda, serán decisivos para la protección de nuestros mutuos intereses.

Y es por ésto por lo que estamos tan agradecidos a vuestra visita. Sabemos apreciar en lo que valen gestos de buena voluntad como los que llevó a cabo aquel hombre recto y ejemplar, John Foster Dulles, que luchó indomablemente por su patria y por la paz del mundo hasta el momento mismo en que las fuerzas físicas le faltaron.

Y vos, Señor Secretario, tampoco habéis reparado, al venir a Madrid para afianzar la amistad entre nuestros pueblos, en los agobios de tiempo ni en las fatigas inherentes a vuestra labor.

Valor de la visita. La realidad de España.

Creemos que Madrid bien merece un viaje por que al venir aquí podéis comprobar lo que vale un amigo leal y un aliado firme que hoy os agradece el deseo de entendimiento y el respeto de que acabáis de dar prueba.

Sois, señor Secretario, un hombre de espíritu selecto y cultivado y por ello conoceréis y entenderéis las palabras de un gran poeta español de nuestro tiempo que buscaba a aquéllos que "oyen las voces y no los ecos". Oyendo las voces auténticas de España y no los ecos falsos, ignorando los prejuicios sobre este país que tanta polémica suscita siempre, habéis venido aquí y podéis ver con vuestros propios ojos qué es España. Lamentamos mucho que no podáis estar más tiempo entre nosotros pero puedo deciros -y esta verdad rodea inconfundiblemente vuestras horas españolas- que éste es un país en paz y en orden; en una paz y un orden que no son opresivos y esterilizadores sino natu-

rales y vivos, pues dentro de ellos se desarrolla el progreso innegable de nuestra nación. Este es un país firme, que tiene sus propias convicciones y que trabaja, día a día, a través de fórmulas propias para lograr una perfección que sabemos que estamos lejos de alcanzar pero que buscamos con afán. Partiendo de cero, sobre un país devastado por una guerra civil -que hicieron inevitable los que no supieron administrar la libertad- aislado del mundo por una guerra mundial y un posterior bloqueo internacional, con las dos únicas cantidades negativas de no disfrutar del Plan Marshall y de no poseer nuestro oro robado por Rusia, hemos llegado a la situación de hoy, con una moneda estable, una fuerte reserva de oro y divisas, un crédito indiscutible y una economía que se prepara a iniciar su fase de desarrollo. Este es un hecho que nadie puede negar.

España con
Occidente.

Este amigo y aliado que tenéis aquí se considera dentro del mundo libre occidental y por pertenecer a él irrevocablemente, libró y ganó hace veinticinco años la primera batalla positiva contra el peligro comunista del que hoy los Estados Unidos tratan de defender al Occidente. Entonces dimos la prueba máxima de que para España la libertad es un principio sagrado aunque también nos conste que la libertad tiene que ser organizada no en el fácil terreno de las teorías sino conforme a la difícil realidad de las circunstancias históricas de cada país.

Esto es, en resumen, señor Secretario, lo que

somos y lo que pensamos. Esto es lo que significa España para los Estados Unidos como amiga y como aliada.

En nombre de esta amistad y alianza, permítidme que, al daros la bienvenida a España, formule unos votos muy sinceros por la grandeza de vuestro país, por vuestra ventura personal y por el éxito de vuestra misión.

Y ahora os pido que junto a todos los que hoy me honran con su presencia me acompañéis al brindar por el Presidente de los Estados Unidos.

- - - - -